

**Recordando a Sebastián García Vázquez**

por

**Juan Cordero Ruíz**

UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
FACULTAD DE BELLAS ARTES  
BIBLIOTECA

En el breve texto que escribí para el Catálogo de su última exposición antológica, aquí en Sevilla, comence diciendo: "Sebastián García Vázquez fue mi maestro y es mi amigo". Hoy altero aquella frase para decir, "Fue mi amigo y es mi maestro"; que si ya no es posible gozar su amistad, su magisterio, en cambio, sigue presente a través de su obra, dictándonos la lección coherente y sencilla de este gran pintor desaparecido.

Por este conocimiento directo del hombre y su obra, no puedo sustraerme de hacer referencias personales al recordar aquí a nuestro ilustre compañero de Academia. Estos recuerdos si no tienen gran valor para la erudición y la historiografía del arte tienen, al menos, el calor y la emoción de quien le trató durante cerca de cuarenta años, primero como profesor y luego como compañero y amigo.

Siendo la pintura de Sebastian García Vázquez un continuo y recto discurso sin sobresaltos ni violentos cambios, tengo que confesar que mi valoración y aprecio por esa pintura ha experimentado tres momentos muy radicales y diferenciados, que han corrido paralelos a mi propia biografía. Algo así como esa relación mezcla de admiración magnificada y sin reservas que sienten muchos hijos por sus padres durante la infancia; que con la juventud, impertinente y engreída, la admiración se torna tolerancia y menosprecio; y ese retorno a la definitiva y positiva valoración cuando ya, en muchas ocasiones por desgracia, es demasiado tarde para el goce de una enriquecedora convivencia. De igual modo fui atraído en mis primeros años por las pinturas de Sebastián García Vázquez; sentí un apasionado entusiasmo por aquellas cualidades de mágica óptica que convertían en rizada lana merina o en sudorosa piel de caballerías la materia pictórica del óleo sobre el lienzo.

Quedé seducido y aprisionado por aquella pintura tan personal, de tan difícil clasificación, porque pintaba sólo aquello que conocía bien y solo aquello con lo que se identificaba plenamente. Su pintura, de humilde sencillez franciscana, me recordaba los muchos e ingenuos detalles de los nacimientos navideños, plasmados con el

espíritu amoroso de un primitivo que hubiese pasado por las aportaciones de los realismos y las luces y espacios abiertos de los impresionistas; instantáneas de lo cotidiano, del ambiente rural que supo recrear con una memoria prodigiosa durante toda su vida; escenas que siempre ocultan otras intenciones con anécdotas y simbolismos de fina ironía, que se acentúan en su última época de pequeños formatos.

Y me ocurrió luego, al crecer y conocer otras inquietudes de las vanguardias que, ensordecido y deslumbrado por los gritos y extridencias de las nuevas formas, no podía oír el suave susurro de estas pinturas que se me antojaban sencillas crónicas de sucesos pueblerinos, próximas a los ingenuos pintores de exvotos, que se deleitan en la narración minuciosa con igual técnica detallista para toda la escena. Pero en estos últimos años he aprendido a ver por encima de tantas experiencias vanguardistas; de vuelta de muchas "transvanguardias" ocasionales, llego con ansias al feliz reencuentro del aire fresco y puro que desprenden siempre las pinturas de Sebastián García Vázquez, que sigue ahí, donde le dejé en mis primeros pasos, impartiendo una intemporal lección de permanente y equilibrada belleza y, por ende, convertido en un clásico.

Refiero esta aventura personal de afectos y olvidos, porque vengo observando que se trata de un fenómeno muy generalizado. Nuestro ilustre amigo tuvo un reconocimiento oficial y nacional allá por los años treinta, consiguiendo entonces los máximos galardones y agasajos, siendo su obra unánimemente ensalzada por crítica y público; hay luego un olvido oficial que le tienen un tanto marginado del camino que trazan otros nombres ilustres con mayor protagonismo, pero no por ello con mayor arte. Ha sido en los últimos años, a partir de los setenta, que nuevamente los ojos de aficionados y galerías se han vuelto hacia este pintor que, por saber mantenerse cual firme roca en sus convicciones, quedó oculto a la hora de la pleamar de tantos ismos, pero al retirarse la marea y quedar despejada la playa, reaparece su pintura que permanecía ignorada por las generaciones más jóvenes.

Quede el análisis del fenómeno y las razones que lo explican para sociólogos expertos, pero los hechos nos muestran que en nuestros días estamos volviendo mucho la vista atrás, haciendo conquista de recuperación que trascienden las triviales modas de lo "retro". Quizás se ha perdido un poco la fé e ilusión por todo lo nuevo, o tal vez nos parece nuevo el reencuentro con el pasado, o quizás se están agotando las fuentes del progreso y lo novedoso que impulsaron tantas aventuras de las vanguardias, pero hay síntomas evidentes de revisionismos y recuperaciones, como son tantos afanes ecologistas y tantos etnólogos con sus programas de divulgación sobre los orígenes y raíces de las costumbres de nuestros abuelos; músicas y fiestas con sabor de arqueología; hay como un dulce canto por la vuelta a la vida pueblerina y sencilla que es entonado desde los veloces programas publicitarios de la gran metrópolis. Ahora alcanzan protagonismo hechos y dichos que nacieron en los más recónditos lugares pueblerinos, lo popular se eleva a categoría universal, y hoy nos sentimos más orgullosos los que nacimos en un pueblo, como otrora tratábamos de disimular las huellas que nos dejó una infancia lugareña. Tal vez, por todo ello, sea oportuna esta hora para situar en un pedestal más alto la obra de este singular artista que hoy recordamos; porque Sebastián García Vázquez es el prototipo de hombre al que el pueblo

—el verdadero pueblo— le entregó toda su grandeza y sabiduría, imprimiéndole un ritmo pausado que jamás perdió al andar por la agitada vida de la capital y del arte.

En este mismo lugar dijo Sebastián García Vázquez, refiriéndose a su maestro Eugenio Hermoso, "lo que yo mejor aprendí de este gran pintor fue su moral artística, su honradez de pintor"... y ya lo creo que lo aprendió. Fué efectivamente, un pintor honrado. Pintó insobornablemente lo que le gustaba, preparado para ello de su gran talento natural y sentido común. No se asustó de los grandes problemas que se planteaba de composición, colorido o perspectiva, antes al contrario, parece que se sentía atraído por la dificultad, que le gustaba afrontarla con aquéllos recursos propios que experimentaba y que a veces se le quedaban cortos. Así eran sus espacios abiertos pintados de memoria, donde establecía un meditado equilibrio de las formas, y no podríamos asegurar si se trataba de paisajes con figuras, o figuras en un paisaje, abordando desde el recuerdo las más sutiles complicaciones del espacio.

El suyo, ciertamente, es un espacio euclidiano de tres dimensiones, y congelado en el tiempo, en proyección cónica central; su punto de vista está situado siempre desde un espectador de pie, con un horizonte por encima de la línea media del cuadro. Prefirió las perspectivas frontales —donde las líneas son paralelas o perpendiculares al cuadro— antes que las perspectivas oblicuas que imprimen mayor dinamismo a la escena. Estudiaba con gran aplicación sus cuadros y llegaba a felices soluciones basadas en una reflexión personal de poco rigor matemático, cuando hubiese podido aplicar sencillas fórmulas geométricas que parecía ignorar sistemáticamente. Pudo evitar en sus cuadros situaciones comprometidas de escorzos y deformaciones proyectivas, pero se obstinaba en darle solución desde un planteamiento empírico de reiterados ensayos.

Esa honestidad pictórica de no eludir las dificultades corre pareja con sus cualidades humanas de modestia y sencillez. Recién incorporado yo como Profesor contratado en la Escuela Superior de Bellas Artes, el que había sido mi Profesor me trataba como amigo y compañero. En aquella reducida estancia que hacia de Sala de Juntas y tertulia, me hizo un bosquejo del cuadro que quería pintar: un grupo de personajes que subían por una calle empinada hacia el espectador. Tras confesarme que él no sabía como hacerlo, me pregunta: —¿cómo se pinta esta calle para que parezca que va cuesta abajo?. Mi respuesta tuvo que ser algo pedante pues le dije que se trataba de un sencillo problema de planos descendentes cuyas líneas horizontales debían fugar por debajo del horizonte... Se lo ratifiqué que un dibujito... Se quedó en un respetuoso silencio, se guardó el papel y me dijo que él seguía sin verlo, que seguro yo tenía razón, pero él llevaba muchos años queriendo hacer calles en cuestras arriba y abajo y, como no le salían, colocaba sus personajes en suelo llano horizontal. Tras un largo rato, cuando ya habíamos cambiado de tema, me dijo algo que yo hubiese tomado como un desquite burlón de no conocer su gran sinceridad: —"Yo creo, me dijo reflexivo, que el truco para poner los personajes en una cuesta está en el dibujo de sus pies".

Y como siempre, y en tantas otras cosas, la intuición y sus desarrolladas dotes de observación, habían acertado.

Para mí aquella manera de hablarme un pintor me descubrió al mismo tiempo al gran amigo y al gran maestro que encontré en Sebastián García Vázquez, de quién tomo literalmente y hago más las palabras que pronunció sobre su maestro en una ocasión semejante a esta. "En realidad lo que yo mejor aprendí de este gran pintor fué su moral artística, su honradez de pintor que se correspondía perfectamente con su honradez humana".

Que esto fué Sebastián: un hombre honrado.

He dicho  
JUAN CORDERO RUIZ